

hija de Venecia por el idioma de estas generaciones intermedias, en quienes la lengua del vencido no está aún enteramente muerta, y la del vencedor no completamente formada aún.

¿Quién tiene razón, Pellico o Zanze? ¿de qué se trata en este debate? de una mera confidencia, de un abrazo dudoso, el cual, en el fondo, no se dirige tal vez a quien lo recibe. La viva casada no quiere reconocerse en la deliciosa adolescente representada por el cautivo, pero disputa el hecho con tanto atractivo que lo prueba negándolo. El retrato de Zanze en la memoria del demandadero es tan parecido, que se presenta en la réplica de la defensora, descubriéndose en ésta los mismos sentimientos religiosos y humanitarios, la misma reserva, el mismo tono de misterio y la misma desenvoltura insinuante y tierna.

NOTICIA INESPERADA. — EL GOBERNADOR DEL REINO LOMBARDO-VÉNETO. — CARTA DE MADAMA A CARLOS X Y A ENRIQUE V. — EL SEÑOR DE MONTBEL. — MI BILLETE AL GOBERNADOR. — MARCHO A PRAGA. — DIARIO DE PADUA A PRAGA. — CONEGLIANO. — TRADUCCIÓN DEL ÚLTIMO ABENCERRAJE. — UDINA. — LA CONDESA DE SAMOYLOFF. — EL SEÑOR DE LA FERRONNAYS. — UN CURA. — LA CORINTIA. — EL DRAVE. — UN ALDEANITO. — FRAGUAS. — DESAYUNO EN LA ALDEA DE SAN MIGUEL.

Padua, 20 de septiembre de 1833.

La historia vino otra vez a estrangular la novela. No bien acababa de leer en la *Estrella de oro* la defensa de Zanze, cuando el señor de Saint-Priest entró en mi aposento diciendo: «Hay novedades: he aquí una carta de S. A. R. que nos dice que el gobernador del reino Lombardo-Véneto se ha presentado en Catajo, anunciando a la princesa la imposibilidad en que estaba de dejarla proseguir su viaje, y que ésta deseaba mi inmediata partida.»

En este momento llama a mi puerta un ayuda de campo del gobernador, y me pregunta si gusto recibir a su general; por toda contestación, me dirigí a la habitación de S. E., que, como yo, se había alojado en la *Estrella de oro*.

El gobernador era un bello sujeto.

«—Sepa usted, señor vizconde — me dijo—, que mis órdenes contra la señora duquesa de Berry son del 28 de agosto;

S. A. R. me había hecho decir que tenía pasaportes de fecha posterior y una carta de mi emperador. Pero el 17 de este mes de septiembre, recibo un correo a media noche; un despacho fechado el 15 en Viena, me manda cumplir las primeras órdenes del 28 de agosto, y no permitir que la señora duquesa pase de Udina o de Trieste. Ved, querido e ilustre vizconde, ¡qué desgracia tan cruel para mí! ¡detener a una princesa a quien admiro y respeto, si no quiere conformarse con el deseo de mi soberano! La princesa no me ha recibido bien, y me ha contestado que haría lo que mejor le pareciese. Querido vizconde, vea si puede alcanzar de S. A. R. que permanezca en Venecia o en Trieste, mientras recibo nuevas instrucciones de mi corte. Visaré el pasaporte de usted para Praga, a cuya capital se dirigirá al punto, sin experimentar el más ligero tropiezo, y arreglará todo esto, porque, en realidad, mi corte no ha hecho sino ceder a exigencias. Le ruego que me dispense este servicio.»

La buena fe del noble militar me cautivó; pero, confrontando luego la fecha del 15 de septiembre con la de mi salida de París el 3 del mismo mes, me asaltó una idea: mi entrevista con la princesa y la coincidencia de la mayoría de Enrique V, podían haber alarmado al gobierno de Felipe. Un despacho del duque de Broglie, transmitido por una nota del conde de Saint-Aulaire, había tal vez determinado a la cancillería de Viena a renovar la prohibición del 28 de agosto. Es posible que vaticine mal, y que el hecho que supongo no haya ocurrido; pero dos nobles, ambos pares de Francia de Luis XVIII, y ambos perjuros, eran ciertamente muy dignos de ser, contra una mujer, madre de su rey legítimo, los instrumentos de tan generosa política. ¿Deberá sorprendernos que la Francia actual se confirme cada vez más en la ventajosa opinión que tiene formada de los antiguos palaciegos?

Procuré ocultar el fondo de mi pensamiento, porque la persecución había cambiado mis disposiciones respecto al viaje de Praga; encontrábame a la sazón tan deseoso de emprenderlo solo, en interés de mi soberana, como antes me había opuesto a verificarlo con ella cuando los caminos le estaban abiertos. Disimulé mis verdaderos sentimientos, y, queriendo mantener al gobernador en la favorable voluntad de darme un pasaporte, menté su noble inquietud, diciéndole:

«—Señor gobernador, me propone una cosa difícil; conoce a la señora duquesa de Berry, que no es mujer a quien se maneja como se quiere; si ha tomado una resolución, nada bastará a disuadirla. ¿Quién sabe? Quizá le convenga ser detenida por el emperador de Austria, su tío, así como ha sido encarcelada por Luis Felipe, su tío! Los reyes legítimos y los reyes ilegítimos obrarán de la misma manera. Luis Felipe habrá destronado al hijo de Enrique IV, y Francisco II impedirá la reunión de la madre y del hijo; el príncipe de Metternich relevará en su puesto al general Bugeaud, y todos marcharán de perfecto acuerdo.»

El gobernador, atónito, exclamó:

«—¡Ah, vizconde, cuánta razón tiene! La propaganda lo ha invadido todo, la juventud no nos escucha ya; ni en los Estados venecianos, ni en la Lombardia y el Piamonte.»

«—¿Y la Rumania? — repuse—, ¿y Nápoles? ¿y Sicilia? ¿y las orillas del Rin? ¿y el mundo entero?»

«—¡Ah! ¡ah! ¡ah! — exclamaba el gobernador—. No podemos continuar así; siempre con la mano en la espada, y con un ejército sobre las armas sin batirnos. Entretanto, Francia e Inglaterra, sirven de ejemplo a nuestros pueblos. Hase formado una joven Italia después de los carbonarios; ¡la joven Italia! ¿quién ha oído en tiempo alguno hablar de tal cosa?»

«—Señor — le dije—, emplearé todos mis esfuerzos para determinar a la princesa a que le conceda algunos días; tendrá usted la bondad de proporcionarme un pasaporte, y sólo esta condescendencia impedirá tal vez que S. A. R. siga su primera resolución.»

«—Tomaré a mi cargo — dijo el gobernador ya tranquilo — el permitir a la señora duquesa que pase por Venecia con dirección a Trieste; si retrasa un poco su viaje, llegará a esta ciudad al mismo tiempo que las órdenes que va usted a buscar y habremos salido del compromiso. El delegado de Padua le pondrá la refrendación para Praga, y usted le dejará una carta anunciándole la resolución de S. A. R. de no pasar a Trieste. ¡Qué tiempo! ¡qué tiempo! Me felicito de ser viejo, querido e ilustre vizconde, para no ver lo que va a ocurrir.»

Bohemia, que por haber cedido a la duquesa de Berry. Todo mi temor era que algún agente de la policía italiana pusiese obstáculos a la refrendación. Cuando el delegado de Padua vino a mi casa, descubrí en él un semblante de secretaría, un aspecto de protocolo y un aire de prefectura cual pudiera tenerlo un hombre educado en las administraciones francesas. Esta capacidad burocrática me horripiló; pero, cuando me aseguró que había sido comisario del ejército de los aliados en el departamento de las Bocas del Ródano, sentí renacer mi esperanza, y ataqué a mi enemigo por el flanco de su amor propio. Le declaré que había sido muy elogiada la severa disciplina de las tropas acantonadas en Provenza, aunque nada acerca del particular había llegado a mi noticia, pero el delegado, respondiéndome con una descarga de admiraciones, se apresuró a despachar mi negocio, y no bien obtuve mi refrendación, no volví a acordarme de su persona.

Padua, 20 de septiembre de 1833.

Cuando la duquesa de Berry volvió de Catajo a las nueve de la noche, parecía estar muy animada; por lo que respecta a mí, cuanto más pacífico me había mostrado, con más ahinco quería que se aceptase el combate: se nos atacaba, y nos era indispensable defendernos. Propuse, sonriéndome, a S. A. R. que fuese disfrazada a Praga, y que los dos robásemos a Enrique V. Sólo se trataba de saber dónde deberíamos depositar nuestro hurto. Italia no nos convenía por la debilidad de los príncipes; las grandes monarquías absolutas debían ser abandonadas por mil razones; quedaban únicamente Holanda e Inglaterra, de las que yo prefería la primera, porque había en ella, con un gobierno constitucional, un rey sabio.

Aplazamos estos partidos extremos y nos detuvimos en el más razonable, que hacía recaer sobre mí todo el peso del negocio. Reducíase éste a que yo partiese solo, con una carta de la princesa, y pidiese la declaración de la mayor edad, y, en vista de la respuesta de los augustos parientes, enviase un correo a S. A. R., que esperaría mis despachos en Trieste. La princesa unió a su carta al anciano monarca, otra para Enrique, la que debía entregar a éste con arreglo a las circunstancias. El contenido de esta carta era únicamente una protesta con-

tra las siniestras intenciones de Praga. He aquí entrambas cartas:

Ferrara, 19 de septiembre de 1833.

»Mi querido padre: En momentos tan decisivos como los presentes para el porvenir de Enrique, permitidme que me dirija a vos con toda confianza. No me he entregado a mis propias inspiraciones acerca de tan importante asunto; he querido, por lo contrario, consultar en tan graves circunstancias a los hombres que me han mostrado más adhesión y lealtad. Al frente de éstos se encuentra, naturalmente, el señor de Chateaubriand, quien me ha confirmado lo que yo sabía de antemano, esto es, que todos los realistas franceses consideran indispensable para el 29 de septiembre la publicación de un acta que consigne terminantemente los derechos y la mayoría de Enrique. Si el leal M***. se encuentra en la actualidad a vuestro lado, invoco su testimonio, pues me consta que es favorable a lo que aseguro.

»El señor de Chateaubriand explanará al rey sus ideas acerca de esta acta; dice, con razón a mi entender, que es preciso consignar meramente la mayoría de Enrique y no redactar un manifiesto; creo que aprobaréis esta opinión. En fin, mi querido padre, me remito a él para que llame vuestra atención y alcance una decisión respecto a este punto indispensable. De esto me ocupo, os lo aseguro, mucho más de lo que me concierne, y el interés de mi Enrique, que es el de Francia, se antepone al mío. Le he probado, a lo que creo, que sé exponerme por él a todos los peligros, y que no retrocedo ante ningún sacrificio; siempre me encontrará la misma.

»El señor de Montbel me ha entregado a su llegada vuestra carta, que he leído con vivo reconocimiento; volver a veros, volver a hallar mis hijos, sería siempre el más ferviente de mis deseos. El señor de Montbel os habrá escrito que he hecho todo lo que pedíais y espero que os habrá complacido mi celo por agradaros y demostraros mi respeto y cariño. Sólo abrigo en la actualidad el deseo de estar en Praga el 29 de septiembre; y aunque mi salud está muy quebrantada, espero que llegaré. De todos modos, el señor de Chateaubriand me precederá. Suplico al rey le acoja benévolo y escuche todo lo que le diga en mi nombre. Confíad, querido padre, en todos los sentimientos, etc.

»P. D. Padua 20 de septiembre. —

Estaba ya escrita mi carta, cuando se me comunica la orden de que no prosiga mi viaje: mi sorpresa iguala a mi dolor. No puedo imaginar que semejante orden proceda del corazón del rey, porque únicamente mis enemigos han podido dictarla. ¿Qué dirá Francia? ¿Qué triunfo para Luis Felipe! Debo acelerar la marcha del vizconde de Chateaubriand, y encargarle que diga al rey lo que me sería muy penoso escribirle en este momento.»

Padua, 20 de septiembre de 1833.

»Estaba próxima a llegar a Praga y a abrazarte, mi querido Enrique, cuando un obstáculo imprevisto impide mi viaje.

»Envío al señor de Chateaubriand en mi lugar, para conferenciar acerca de tus asuntos y los míos. Ten confianza, mi querido amigo, en lo que te diga de mi parte, y no dudes de mi tierno afecto. Abrazándote con tu hermana, soy

»Tu cariñosa madre y amiga,

»CAROLINA.»

El señor de Montbel vino desde Roma a Padua en medio de nuestras quejas. La pequeña corte de Padua lo incomodó, pues se refería al señor de Blacas por las órdenes de Viena. El señor de Montbel, hombre muy moderado, no tuvo otro recurso que refugiarse cerca de mí, aunque me temía: al ver este colega del señor de Polignac, comprendí cómo había escrito, sin advertirla, la historia del duque de Rhichstadt y admirado a los archiduques a sesenta leguas de Praga, destierro del duque de Burdeos. Si el señor de Montbel había sido a propósito para hundir la monarquía de San Luis y todas las monarquías de este mundo, éste fué un pequeño accidente en que no había pensado. Me mostré afable con el conde de Montbel y le hablé del Coliseo. Volvió a Viena a ponerse a la disposición del príncipe de Metternich, y a servir de intermedio en la correspondencia del señor de Blacas. A las once, escribí al gobernador la carta convenida, no olvidando la dignidad de la princesa, no comprometiéndola en lo más mínimo y reservándole toda su libertad de acción.

Padua, 20 de septiembre de 1833.

»Señor gobernador:

»S. A. R. la señora duquesa de Berry, accede por el momento a conformarse con las órdenes que le han sido a usted

trasmitidas. Su proyecto es ir a Venecia dirigiéndose a Trieste, y en esta ciudad, según los datos que tendré el honor de dirigirle, adoptará una resolución definitiva.

»Le ruego acepte mis más sinceras gracias, y la consideración con que soy, señor gobernador, su más atento servidor,

»CHATEAUBRIAND.»

El delegado, al leer esta carta, se alegró mucho, pues saliendo la princesa de la Lombardía veneciana, él y el gobernador dejaban de ser responsables; las acciones y las tentativas de la duquesa de Berry en Trieste eran ya de la competencia de las autoridades de la Istria o del Friul; cada cual procuraba a todo trance eximirse de la desgraciada: hay un juego en el que todos se apresuran a entrar al que está más inmediato un pedazo de papel ardiendo.

A las diez me despedí de la princesa, que me confiaba su suerte y la de su hijo, haciéndome rey de una Francia imaginada por ella. En una aldea de Bélgica tuve cuatro votos para ocupar el trono en que se sienta el yerno de Felipe. Dije a la princesa: «Me someto a la voluntad de V. A. R., pero temo desvanecer sus esperanzas. Nada conseguiré en Praga.» A lo cual me respondió, conduciéndome hacia la puerta, y diciendo: «Parta, ¡usted todo lo puede!»

A las once subí al coche, la noche estaba lluviosa, y me parecía que regresaba a Venecia, porque seguía el camino de Mestre; a decir verdad, deseaba ver más de nuevo a Zanze que a Carlos X.

Mucho me contrarió, al pasar por Mestre al hacerse de día, no poder dirigirme a la ribera: quizás un faro lejano de las últimas lagunas me hubiera indicado la más hermosa de las islas del mundo antiguo, como una pequeña luz descubrió a Cristóbal Colón la primera isla del nuevo mundo. En Mestre fué donde desembarqué viniendo de Venecia, cuando en 1806 hice mi primer viaje: *fugit ætas*.

Almoreé en Conegliano, donde fué cumplimentado por el amigo de una señora, traductora del *Abencerraje*, y sin duda parecida a Blanca: «Vió salir a una mujer joven, vestida, a corta diferencia, como esas reinas góticas esculpidas sobre los monumentos de nuestros antiguos monasterios; una mantilla negra cubría su cabeza, teniéndola con su mano izquierda cruzada y cerrada por debajo de

la barba a guisa de toca, de suerte que de su rostro sólo se alcanzaba a ver sus rasgados ojos y sus rosados labios.» Pago mi deuda al traductor de mis delirios españoles, reproduciendo aquí su retrato.

Cuando subí de nuevo al carruaje, un clérigo me arengó sobre el *Genio del Cristianismo*. Atravesé el teatro de las victorias que condujeron a Bonaparte a la invasión de nuestras libertades.

Udina es un hermoso pueblo, en el que vi un pórtico que imitaba el del palacio de los duces. Comí en la fonda, en la habitación que acababa de desocupar la condesa de Samoyloff, y que todavía estaba en completo desorden. Esta madre de la princesa Bagration, *otra injuria de los años*, ¿es aún tan hermosa como lo era en Roma en 1829, cuando cantaba tan admirablemente en mis conciertos? ¿Qué brisa traía de nuevo aquella flor bajo mis pasos? ¿Qué soplo impelía aquella nube? Hija del Norte, gozas de la vida; date prisa: algunas de las armonías que te halagaron, han cesado; tus días no tienen ya la duración del día polar.

En Udina tomé el camino de Villach, cuando me dirigía a Bohemia por Salzburgo y Linz. Antes de atacar los Alpes, oí la vibración de las campanas y distinguí en la llanura una cúpula iluminada. Hice interrogar al postillón por medio de un alemán de Estrasburgo, *cicerone* italiano en Venecia, que Jacinto me había proporcionado para intérprete eslavo en Praga. El regocijo de que me estaba informando era ocasionado por la reciente promoción de un clérigo a las órdenes sagradas; debía celebrar al día siguiente su primera misa. ¿Cuántas veces esas campanas que hoy proclaman la unión indisoluble de un hombre con su Dios, llamarán a ese hombre mismo al santuario, y, a qué hora, esas campanas mismas tañerán cuando su ataúd sea conducido al cementerio?

22 de septiembre.

Dormí casi toda la noche al ruido de los torrentes y me desperté el 22 entre las montañas. Los valles de la Carintia son agradables, pero nada ofrecen de característico; los campesinos no usan traje particular; algunas mujeres usan pieles como las húngaras; otras llevan ceñidas blancas en la parte posterior de la cabeza, o gorros de lana azul abultados de cordones sus bordes, y que son una especie de turbantes con figura de botón.

Mudé de caballos en Villach, y, al salir de esta parada, seguí un ancho valle a orillas del Drave, que yo conocía de otro tiempo; a fuerza de pasar los ríos encontré al fin mi último río. Lander acaba de descubrir la embocadura del Níger; el atrevido viajero ha entrado en la eternidad en el momento que nos decía que el río misterioso de Africa desemboca en el Océano.

En la noche del 22 al 23 atravesé una masa espesa de montañas, que se extendieron a mi vista hasta Salzburgo, y, no obstante, estas murallas no han defendido el imperio romano. El autor de los *Ensayos*, hablando del Tirol dice con su habitual viveza de imaginación: «estas montañas son un vestido que sólo vemos doblado, pero que si se viese desdoblado formaría un dilatado país.» Los montes que recorría parecían un acrecentamiento de las cadenas superiores, que, cubriendo un vasto terreno, habrían formado pequeños Alpes con los diferentes accidentes de los grandes.

Grandes cascadas bajaban por todas partes saltando sobre capas de piedra como las rocas de los Pirineos. El camino pasaba por desfiladeros apenas accesibles al carruaje. En las inmediaciones de Gemund, muchos hornos hidráulicos mezclaban el estruendo de sus morteros al del agua; de sus chimeneas salían columnas de chispas a través de la noche y los negros bosques de abetos; a cada golpe del fuelle los techos descubiertos de la fábrica se iluminaban repentinamente como la cúpula de San Pedro de Roma en un día solemne. Al cruzar la cadena de Karch, fué preciso añadir tres pares de bueyes a nuestros caballos; este largo tiro, atravesando las aguas de los torrentes y las riberas inundadas, parecía un puente vivo; la cordillera opuesta del Tauern estaba sepultada bajo la nieve.

El 23, a las nueve de la mañana, me detuve en la linda aldea de San Miguel, situada en el fondo de un valle. Robustas muchachas austriacas me sirvieron el almuerzo en un cuarto cuyas dos ventanas miraban a las campiñas y a la iglesia de la aldea. El cementerio que rodea la iglesia estaba separado de mí por un corral. Las cruces de madera inscritas en un semicírculo, y de las que pendían pilas de agua bendita, elevábanse sobre la hierba de las sepulturas antiguas; cinco tumbas sin hierba todavía anunciaban cinco recientes descansos; algunas

de éstas, a la manera de surcos de huer-ta, estaban adornadas de caléndulas en flor, y las aguzanieves volaban tras las langostas en este jardín de los muertos. Una vieja jorobada apoyada en una muleta, atravesaba el cementerio y se llevaba una cruz derribada; acaso la ley le permitía apropiarse aquella cruz para su sepultura; el leño seco en los bosques, pertenece al que lo recoge.

*La dormant ignorés des poëtes sans gloire,
Des orateurs sans voix, des héros sans victoire.*

*Allí duermen ignorados poetas sin gloria,
oradores sin elocuencia y héroes sin victoria.*

¿No dormiría mejor aquí el hijo de Praga sin corona, que en la habitación del Louvre donde fué expuesto su padre?

Mi solitario almuerzo, en compañía de los viajeros acostados bajo mi ventana, hubiera sido muy agradable para mí si una muerte muy reciente no me hubiese afligido; había oído cacarear el polluelo que me fué servido. ¡Pobre pollo, era tan dichoso cinco minutos antes! Paseábase entre las hierbas, las legumbres y las flores; corría entre los rebaños de cabras que bajaban de las montañas; y esta noche hubiérase acostado con el sol, pues era todavía bastante pequeño para dormir bajo las alas de su madre.

Enganchado el coche, subí a él rodeado de las mujeres y muchachas de la posada, que parecían alegrarse de haberme visto aunque no me conocían y jamás volverían a verme: ¡me dirigían tantas bendiciones! No me cansa esta cordialidad alemana; no se encuentra en este país quien no salude al transeunte y no le desee cien cosas favorables; en Francia sólo se saluda a la muerte; la insolencia es considerada como libertad e igualdad; no se manifiesta ninguna simpatía de un hombre a otro; envidiar al que viaja con un poco de desahogo, ponerse en jarras, pronto a chocar con todo el que lleva gabán nuevo o camisa blanca; he aquí las señales características de la independencia nacional, sin que por esto dejemos de pasar los días en las antecámaras sufriendo las groserías de un rústico favorito de la fortuna. Esto no nos quita nuestra alta inteligencia, ni nos impide vencer con las armas en la mano, pero no se forman costumbres *a priori*: hemos sido durante ocho siglos una gran nación militar, y el espacio de cincuenta años no ha podido cambiarnos; no hemos podido adquirir el amor verdadero

de la libertad. No bien disfrutamos un momento de tranquilidad bajo un gobierno transitorio, la vieja monarquía brota con vigor, reaparece el antiguo carácter francés: somos cortesanos y soldados: nada más.

GARGANTA DEL TAUERN. — CEMENTERIO. — ATALA, Y ¡QUÉ MUDADA! — SALIDA DEL SOL. — SALZBURGO. — REVISTA MILITAR. — FELICIDAD DE LOS ALDEANOS. — VOKNABRUCK. — PLANCOUET Y MI ABUELA. — NOCHE. — CIUDADES DE ALEMANIA Y CIUDADES DE ITALIA. — LINZ. — EL DANUBIO. — WALDMUNCHEN. — BOSQUES. — COMBOURG. — LUCILA. — VIAJEROS. — PRAGA. — LA SEÑORA DE GONTAUT. — JÓVENES FRANCESES. — LA DELFINA. — EXCURSIÓN A BUTSCHIRAD.

23 y 24 de septiembre de 1833.

La última serie de montañas que limita la provincia de Salzburgo, tiene una inmensa altura. En el Tauern hay ventisqueros, y sus mesas se parecen a todas las de los Alpes, pero especialmente a las de San Gotardo. En estos parajes, cubiertos de musgo verdosos y helado, elévase un calvario: consuelo siempre pronto, refugio eterno de los desgraciados. Al rededor de este calvario yacen las víctimas de las nieves.

¿Cuáles eran las esperanzas de los viajeros que, como yo, pasaban por este lugar, cuando les sorprendió la tormenta? ¿quiénes son? ¿quién les ha llorado? ¿cómo descansan allí, tan lejos de su familia, de su patria, escuchando todos los inviernos el mugido de las tempestades, cuyos huracanes les arrebataron de la tierra? Pero duermen al pie de la cruz; Jesucristo, su compañero solitario, su único amigo, pendiente del madero sagrado, se inclina hacia ellos, se cubre de las mismas escarchas que blanquean sus sepulcros, y en la mansión celestial los presentará a su padre y los calentará en su seno.

La bajada del Tauern es larga, áspera y peligrosa, lo que me complacía mucho, porque recuerda unas veces, por sus cascadas y sus puentes de madera, otras por sus deliciosas angosturas el valle del puente de España en Cauterets o la vertiente del Simplón en Domo d'Ossola, pero no conduce a Granada ni a Nápoles. No se encuentran en la parte inferior ni lagos magníficos ni naranjos: es harto

inútil tomarse tanta molestia para llegar a campos sembrados de patatas.

En el descanso, a la mitad de la pendiente, me encontré en familia en el cuarto de la posada, cuyas paredes adornaban las aventuras de Atala en seis láminas. Mi hija no sospechaba que yo pasaría por allí, ni yo esperaba hallar un objeto tan querido al borde de un torrente llamado, según creo, el *Dragón*. ¡Cuán vieja, cuán fea y mudada estaba la pobre Atala! Descollaban sobre su cabeza grandes plumas y cubría su talle un jubón mezquino y ridículo a semejanza de las señoras salvajes del teatro de la *Gaité*. La vanidad todo lo convierte en moneda; yo me enorgullecía delante de mis obras en la Carintia como el cardenal Mazarino delante de los cuadros de su galería. Tentado me sentía de decir a mi huésped: «¡Yo he hecho todo esto!» Me fué preciso separarme de mi primogenitura, aunque con menos trabajo que en la isla del Ohio.

Hasta Werfen, nada atrajo mi atención, a no ser el método usado para secar el heno; clávanse en el suelo unas estacas de quince a veinte pies de altura; rodean éstas de heno sin apretarlo demasiado, y de esta manera se seca ennegreciéndose. Estas columnas parecen a cierta distancia cipreses o trofeos plantados en memoria de las flores segadas en estos valles.

Martes 24 de septiembre.

Alemania ha querido vengarse de mi mal humor contra ella. En la llanura de Salzburgo, el 24, el sol salió al este de las montañas que dejaba a mi espalda; las cimas de algunos peñascos dorábanse en sus primeros resplandores en extremo suaves, y las sombras se mecían aún en las llanuras, medio verdes, medio labradas, de las que se levantaba un humo semejante al vapor del sudor humano. El castillo de Salzburgo, aumentando la cúspide del montecillo que domina la ciudad, dibujaba en el cielo azul sus blancos relieves. Al elevarse el sol, salían del seno de la fresca exhalación del rocío, las alamedas, los bosques, las casas fabricadas de ladrillo, las cabañas blancas, las torres de la Edad Media derruidas y maltratadas, viejos campeones de los pasados tiempos, heridos en la cabeza y en el pecho, que permanecen aislados en el campo de batalla de los siglos. La luz autumnal de este cuadro tenía el color